

## Capítulo 9

- Sé lo que haces con las chicas y lo vas a pagar .**
- ¿Quién cojones eres?**
- Tu pesadilla.**

Aquella noche sería la última en Pirambú, pero ella aún no lo sabía. Al día siguiente se subiría a un avión con destino a un futuro incierto del cual jamás regresaría. La vida no siempre es justa con quien merece más, y el precio que iba a pagar Wendy iba a ser desmesurado.

Su madre y sus vecinos le habían organizado una fiesta de despedida con feijoada incluida, el guiso de frijoles negros y carne típico de cualquier celebración en la favela. Tampoco faltaba la *cachaça*, que a más de uno ya empezaba a pasarle factura. No a su madre, quien juró que jamás bebería nada que llevase alcohol tras la muerte de su marido. Desde un discreto segundo plano la observaba mientras Wendy bailaba samba con el hijo de unos vecinos que, a pesar de su corta edad, llevaba el ritmo en el cuerpo. Cuando la hija se percató, dejó el baile para acercarse a ella. Se puso de cuclillas enfrente de ella, la agarró de la barbilla y la sonrió intentando que su madre abandonase aquella expresión de preocupación que le acompañaba desde que recibió la noticia de la partida de su única hija.

Había tratado de convencerla por todos los medios para que no se fuese, utilizando para ello un argumento que se manejaba con mucha frecuencia en aquel barrio: «Ya nos apañaremos». Pero Wendy sabía que no sería tan fácil, que trabajando las dos ya les costaba horrores llegar al final de la semana, a pesar de que en su dieta hacía meses que no se permitían nada que no fuera arroz y frijoles, ni siquiera un trozo de pollo. No quería ni pensar en el momento en que su madre fuese incapaz de continuar cosiendo, una situación que cada día se antojaba más próxima por el deterioro que sufría. Tenían que tener una alternativa para cuando esa circunstancia llegase y, a día de hoy, la única opción real pasaba por viajar a España para trabajar.

También intentó inocularle el temor al fantasma de la soledad, a la que se tendría que enfrentar en un país del que desconocía hasta la lengua. Pero para ella no era un problema. A excepción de su madre, no creía que fuese a echar de menos a nadie pues tras la amarga experiencia de la muerte de Paulo y la negativa de Edilson a que siguieran viéndose, había optado por el aislamiento como forma de supervivencia. No es que se hubiese vuelto una insociable, pero no se prestaba a cultivar las relaciones con la gente de su entorno.

Su juventud era para su madre una desventaja más en su argumentario contrario a su partida, pero Wendy, a pesar de su corta edad, había vivido ya situaciones que a cualquiera le cortarían la respiración. Ella ya sabía que no iba a ser fácil, pero no tenía elección. Nunca le habían regalado nada, y seguro que en España tendría que trabajar duro también, pero era un tren que no podía permitirse el lujo de dejar pasar.

—Además, mami, si aquello no me gusta me vuelvo y ya está —argüía ella para cortar la conversación cuando seguía por los mismos derroteros.

Al final su madre bajó los brazos y dejó de insistirle en el tramo final del mes y medio que pasó desde que Wendy le comunicó la noticia de su marcha hasta el día de su partida. Pero la inquietud por el destino que correría su hija se le grabó a fuego en el rostro. No podía evitarlo, había demasiadas incertidumbres respecto al viaje de su niña.

Cuando Wendy acariciaba el semblante apesadumbrado de su madre, vio aparecer por detrás la figura de un viejo conocido. Su rostro se tensó de manera involuntaria por el desconcierto que le produjo aquella súbita aparición. Habían pasado ya varios años desde la última vez que se vieron y ella había arrojado la toalla en lo que a su relación se refería. Había tenido que construir una coraza para que los rechazos de su amigo no le hiciesen mella, una coraza que se resquebrajaba con su presencia aquella noche. Titubeó un momento antes de acercarse temblorosa hacia donde él estaba.

Apoyaba su hombro en la pared y la mano derecha la guardaba en un bolsillo del pantalón. Había crecido y se había desarrollado para dejar de ser el chaval que ella conocía y transformarse en un hombre. Su brazo derecho tenía un aspecto hipermusculado en contraste con el izquierdo, de apariencia más endeble y que finalizaba en un muñón redondeado y de color rosáceo.

—Hola, Edilson —saludó ella.

—Hola, Wendy —articuló él con cierta dificultad.

Se quedaron unos segundos mirándose a los ojos, un tiempo que, sin embargo, pareció una eternidad. Hurgaban el uno en la mente del otro en busca de cualquier amago de reacción que les pudiese dar una pista sobre cómo responderían a ese encuentro.

—Me han dicho que te vas a Europa —dijo Edilson tratando de romper el hielo, pero su voz traslucía el pesar que le había causado la revelación.

—Veo que las noticias vuelan —contestó ella con cierta sorna—. Sí, no me queda más remedio. Mi madre cada día está peor y pronto no podrá trabajar. Yo voy de trabajo en trabajo y a cada cual peor. Ha surgido esta salida y creo que no debo desaprovecharla porque igual no hay otra más adelante.

—Wendy, no te vayas —suplicó él con los ojos vidriosos por la emoción—. Yo podría ayudaros, hace meses que tengo un trabajo adaptado en una fábrica, no pagan del todo mal, y también me dan una pequeña pensión por lo de la mano. Yo... —hizo un corto silencio mientras buscaba las palabras más adecuadas—. Yo lo siento mucho Wendy, no quería rechazarte, no quería perderte. Lo pasé muy mal con lo que nos sucedió con el Betão, lo que le pasó a Paulo, y no supe reaccionar. Sé que sólo querías ayudarme, pero estaba hundido del todo y no quise arrastrarte en mi caída. Lo hice fatal, lo sé y lo lamento. Pero yo te quiero, siempre te he querido y no podría perdonarme si ahora te perdiera.

Wendy mantuvo la compostura a pesar de lo impactante de la revelación. Siempre sospechó que había algo en el interior de Edilson que él mismo no dejaba salir, que su amigo se sentía atraído por ella, pero no esperaba esa confidencia en aquel momento.

—Gracias Edilson, te lo digo de corazón —con una mano acarició su cara con dulzura—, pero insisto, João me ofreció esta oportunidad y no puedo dejarla pasar.

—¿João? —preguntó extrañado—. ¿Nuestro antiguo colega?

—Sí, el mismo —respondió asombrada ante la perplejidad de su amigo.

—No te vayas. —Un gesto apesadumbrado ensombreció su mirada—. No te vayas, te lo pido por favor.

—¿Por qué no debería irme Edilson? ¿Para seguir tragando mierda en este agujero? —replicó ella—. ¿Para ver cómo mi madre se consume sin ninguna esperanza? ¿Para tener que irnos a la cama con pinchazos en el estómago por el hambre? ¿Para que venga cualquier día un loco y nos pegue un tiro porque sí? No, Edilson, no. Si dejo pasar este tren tal vez no haya ningún otro, ¿es que no lo entiendes?

—Wendy, en el barrio se escuchan muchas cosas sobre João, y no todas buenas —se acercó más a ella para que nadie escuchase lo que decía—. Dicen que engaña a chicas para trabajar en Europa con promesas de una vida mejor y que luego no es todo tan bonito.

—En el barrio se dicen muchas cosas —terció ella—, y te aseguro que no todas son verdad. No seas ingenuo tío.

—No es ingenuidad Wendy. Te lo digo porque me preocupa lo que te pueda pasar —contestó abatido.

—Edilson, no me va a pasar nada, si aquello no funciona siempre puedo volver a este sucio agujero.

—¡Escúchame! —gritó él perdiendo un poco los estribos mientras agarraba a su amiga por los hombros— João no es trigo limpio, hay incluso quien comenta que algunas de esas chavalas han acabado en la prostitución.

—¡Flipo contigo Edilson! —la voz de Wendy tronó por encima de la música haciendo que todo el mundo se girase hacia ellos—. No esperaba esto de ti tío, de verdad que no me lo esperaba. ¿Me estás diciendo que me quieres y me lo demuestras contándome una sarta de mentiras para que no me vaya? ¿Te crees que todo vale o qué? Mira tío —dijo zafándose de él mientras le advertía con el dedo índice—, pensaba que eras buena gente pero ya veo en lo que te has convertido. Yo te importo una mierda...

—¡No! —protestó él.

—¡Sí! —gritó ella—. Porque ahora que tengo una oportunidad de tener una vida decente, decente nada más —enfaticó—, vienes tú a tratar de romper mis sueños cuando llevas años sin preocuparte ni un poquito por cómo me iba. Vete con el cuento a otra Edilson.

—Pero... —Edilson trató de suplicarle que le escuchase pero Wendy ya se había dado media vuelta y penetraba en su casa con los ojos bañados en lágrimas.